

# *XXV Domingo Tiempo ordinario*

*Sabiduría. 2, 12. 17-20; Santiago. 3, 16- 4, 3; Marcos. 9, 30-37*

**«Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos»**

*23 Septiembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban*

*«No basta con querer a las personas que Dios nos confía, es necesario que se sientan queridas por nosotros. En esa comunicación es necesario entregar todo nuestro amor.»*

**Estamos llamados a construir la paz y a sembrar esperanza a nuestro alrededor.** Es nuestra misión, la primera misión que se nos confía. No obstante, ¡Qué lejos estamos de ser fieles a esa misión! ¿Por qué nos cuesta tanto unir? ¿Por qué nos dejamos llevar por la crítica y el desprecio? ¿Por qué caemos tanto en el rencor, la envidia y los celos? Rechazamos nuestros defectos al verlos reflejados en los otros. El otro día leía: «*Nos molesta la vanidad de los demás porque hiere la nuestra*»<sup>1</sup>. Nos rebelamos contra nosotros mismos y lo pagamos con los demás. No nos gusta nuestra vida y nos vamos llenando de amargura y frustración, incapaces de gestionar bien nuestro mundo interior de emociones. Queremos hacer el bien, construir puentes, crear puntos de encuentro, tenemos grandes sueños y anhelos. Pero luego la debilidad nos acaba llevando a dividir, a separar, a apartar a los que no aceptamos. No hacemos el bien que deseamos y caemos en el mal que no queremos. Tendríamos que aprender a comunicarnos mejor con el mundo y con los hombres. A veces creamos dependencias que nos esclavizan. En otras ocasiones apartamos de nuestra vida a los que nos quieren amar. No sabemos comunicarnos y, con frecuencia, nuestras palabras no crean lazos, no calman los corazones y no dan luz. El otro día una persona definía muy bien la necesidad que todos tenemos: «*Es muy importante sentirnos acogidos. Sólo cambiamos cuando alguien nos acoge. Cuando no es así, cuando experimentamos el desprecio o el rechazo, nos cerramos en nuestras barreras, nos endurecemos e impedimos el cambio.*» Sólo al ser aceptados por otros, en un lugar, en un hogar, nos sentimos en casa, nos relajamos y permitimos que tenga lugar el cambio en nuestra vida. Sólo cuando nos tratan con amor, cuando nos respetan, cuando nos enaltecen, respiramos con paz y alegría. Por el contrario, al experimentar el juicio y el rechazo, nos escondemos e impedimos el cambio. Se trata de la gracia del cobijamiento que experimentamos en nuestro Santuario. Allí María nos acoge y nos hace sentir en casa. Así permite que la gracia actúe y nos transforme. Al mismo tiempo, nosotros deberíamos ser lugar de acogida para muchos. **Lugar de reposo y de paz.**

**Por eso es tan importante aprender a comunicarnos adecuadamente.** Porque las relaciones se construyen sobre la base de una buena comunicación. Cuando la comunicación falla comienzan los malentendidos, los desencuentros y las suposiciones equivocadas. Cuando no sabemos comunicarnos acabamos transmitiendo lo que no pensamos y, por el contrario, lo que sentimos en el corazón no es percibido por el otro. Decía San Juan Bosco: «*Si los jóvenes se sienten amados aceptan a sus educadores y creen en lo que le dicen y aprenden los valores que les quieren enseñar.*» No basta con querer a las personas que Dios nos confía, es necesario que se sientan queridas por nosotros. En esa comunicación es necesario entregar todo nuestro amor. La comunicación se construye de silencios y pocas palabras, porque demasiadas palabras lo estropean todo. Hay que

---

<sup>1</sup> Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 59

hablar cuando sea necesario y callar cuando no hagan falta palabras. El otro día leía un cuento interesante. Un sultán soñó que se le caían los dientes y, asustado, consultó a un hombre sabio. Éste reflexionó y le dijo: «*Significa que va a venir una gran desgracia. Cada diente que se cae es un familiar suyo que va a morir*». Indignado con esta interpretación castigó al sabio. Después llamó a otro sabio. Éste le dijo: «*Tengo una gran noticia que darle. Significa que va a sobrevivir a todos sus familiares*». El rey, feliz, lo colmó de regalos. La forma en la que decimos las verdades es fundamental. Nos cuesta comunicarnos de la forma correcta. Lo hacemos torpemente. Leía hace poco: «*De las palabras depende en gran medida la felicidad o la desgracia, la paz o la guerra. La verdad es como una piedra preciosa: si la lanzas, puede herir; por el contrario, si la envuelves con delicadeza y la ofreces con ternura, será aceptada y agradecida*»<sup>2</sup>. Nuestras palabras pueden acariciar o herir. Pueden sacar lo mejor de los demás o lo peor. A veces nos callamos cuando es necesario hablar. Y otras veces hablamos demasiado, cuando deberíamos guardar silencio. Tendríamos que aprender a callar porque el silencio puede ser un aliado. Y también deberíamos hablar con cariño cuando sea necesario hacerlo. La verdad construye, pero siempre desde el amor. Una palabra dicha con cariño produce un efecto muy diferente. Cuando gritamos, por el contrario, todo se estropea. Las heridas en el alma no se borran con facilidad. Nuestras palabras hirientes, nuestros gritos, esas verdades dichas sin piedad, nuestro desprecio expresado de forma verbal o física, esos silencios llenos de indiferencia, todo ello desune. El lenguaje no verbal es clave. Tenemos muchas formas de comunicarnos. **Si siempre aprendemos a comunicarnos desde el amor, construiremos relaciones armónicas.**

**Con frecuencia nos resulta difícil de aceptar y digerir la verdad sobre nuestra vida.** Así lo escuchamos hoy: «*Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación. Veamos si sus palabras son verdaderas, examinemos lo que pasará en su tránsito. Pues si el justo es hijo de Dios, él le asistirá y le librará de las manos de sus enemigos. Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su entereza. Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará*» Sabiduría. 2, 12. 17-20. El justo nos resulta difícil de tolerar cuando su vida cuestiona nuestra debilidad y hace resaltar nuestros pecados y tibieza. La perfección del justo nos incomoda e irrita; su vida sin mancha nos resulta hiriente, porque contrasta con nuestra tibieza. Ante él nos sentimos demasiado lejos del ideal. Y la verdad es que no nos gusta cambiar, porque todo cambio es difícil. Su presencia parece una amenaza contra nuestra vida apacible y cómoda. Por eso escondemos el pecado y muchas veces preferimos la oscuridad. Hoy queremos aspirar a algo más. Queremos renunciar a la mediocridad y optar por la radicalidad en nuestra fidelidad a Dios. Decía el P. Kentenich: «*Nadie debe morir sin haber puesto el máximo empeño que le permitan sus fuerzas. Siempre fue la misma idea, apuntar hacia las estrellas, el radicalismo*»<sup>3</sup>. Así queremos aspirar a lo más alto: «*Jamás cesaré de aplicar todas mis energías en la consecución de la meta para la cual me has elegido*»<sup>4</sup>. Aspiramos a las más altas metas y no queremos vivir en la tibieza. Miramos a los santos, a los que son justos, a los que cada día luchan por ser fieles y queremos que sus vidas sean un testimonio que nos mueva a no quedarnos quietos. Que la presencia del justo no nos moleste. Al contrario, su vida debe hacernos inconformistas. ¿Quiénes son aquellos que nos motivan para luchar y aspirar a lo más alto? **¿En quién nos fijamos como modelo de vida para crecer en nuestro camino?**

**El apóstol Santiago es claro al hablar hoy de todo lo que desune y separa a los hombres.** Los pacíficos siembran paz y los que viven en el desorden, desunen: «*Donde hay envidias y rivalidades, ahí hay desorden y toda clase de obras malas. Pero los que tienen la*

<sup>2</sup> Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 58

<sup>3</sup> J. Kentenich, “Kentenich Reader. T. 1”, 156

<sup>4</sup> J. Kentenich, “Kentenich Reader. T. 1”, 156

*sabiduría que viene de Dios son puros, ante todo. Además, son amantes de la paz, comprensivos, dóciles, están llenos de misericordia y buenos frutos, son imparciales y sinceros. Los pacíficos siembran la paz y cosechan frutos de justicia. ¿De dónde vienen las luchas y los conflictos entre vosotros? ¿No es, acaso, de las malas pasiones, que siempre están en guerra dentro de vosotros? Codiciáis lo que no podéis tener y acabáis asesinando. Ambicionáis algo que no podéis alcanzar, y entonces combatís y hacéis la guerra. Y si no lo alcanzáis, es porque no se lo pedís a Dios. O si se lo pedís y no lo recibís, es porque pedís mal, para derrocharlo en placeres» Santiago. 3, 16-4, 3. Son las malas pasiones las que separan a los hombres. Las pasiones que crean división en nuestro propio corazón. Anhelamos lo que no logramos alcanzar y rechazamos lo que poseemos sin llegar a valorarlo. Es lo mismo que sucedía entre los discípulos. Los celos y la envidia, el deseo de valer, de ser más que los demás. Por el camino los discípulos habían discutido: «Llegaron a Cafarnaúm, y una vez en casa, les preguntaba: -¿De qué discutíais por el camino? Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor». No les bastaba con ser hermanos. Se avergüenzan ante la pregunta del Maestro. Jesús acababa de hablar de su próxima muerte y ellos hablaban de sus pequeñas preocupaciones y ambiciones humanas. No eran capaces de levantar su mirada. Les molestaba ser todos iguales. Ambicionaban los mejores puestos. Querían la gloria y el prestigio. No querían ser simplemente hermanos. Querían ser servidos y no tener que servir a otros. Muchas veces nos comportamos de forma similar. Vivimos en esa lucha por destacar en el mundo. Nuestra vida se desordena y las pasiones nos acaban alejando de los que son una amenaza para nuestros intereses. Nuestros apegos nos quitan la paz. Nuestro apego a la vida, al poder, a los bienes. Por eso hoy queremos pedirle a María que nos enseñe a renunciar a ese apego desordenado a las criaturas, a uno mismo y a las cosas. Queremos entregar el corazón entero a María. Seguir a María significa consagrar nuestro corazón sin fisuras, sin reservas. Darlo todo sin querer retenerlo. Significa vivir sólo para Ella y hacer que nuestro mundo descance en su corazón de Madre.*

**La gran inquietud que surge en el corazón procede de nuestra lucha constante por ser los primeros.** Nos gustan los primeros puestos, el éxito y la fama. Nos gusta que hablen bien de nosotros y que valoren nuestra entrega y esfuerzo. Nos alegra que nos sirvan y valoren, que nos tomen en cuenta. Hoy de nuevo estamos ante la paradoja que implica seguir a Cristo: «Entonces se sentó, y llamó a los Doce, y les dijo: -Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño, le puso en medio de ellos, le estrechó entre sus brazos y les dijo: -El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a Aquel que me ha enviado» Marcos. 9, 30-37. De nuevo la tentación del hombre es la misma: aspirar a la gloria humana. Sin embargo, debería bastarnos con darlo todo sin esperar nada. Así lo dice Rafal Nadal: «El éxito no es la victoria, sino todo lo que has peleado por ganar. La certeza de que has hecho todo para lograr lo que querías». A nosotros no nos basta muchas veces el esfuerzo no reconocido por el mundo. Queremos hacer cosas y que los demás lo vean, lo aplaudan y lo reconozcan. Los discípulos, que acaban de oír que Jesús va a morir en la cruz, no entienden nada. Ellos siguen pensando en ese reino en la tierra, en ese poder en el mundo, en su honor y en su propia fama. Siguen buscando los primeros puestos y no aceptan el camino del servicio. Compiten entre ellos por ser los mejores y rompen la unidad de esa comunidad de discípulos. A Jesús le apenan esas disputas que desunen, esas luchas de poder que no conducen a nada, ese afán por ser mejores que los otros. Jesús quiere que sean hermanos y que todos sirvan con humildad. Por eso hoy es tan claro con ellos: el que quiera ser el primero, que sirva como si fuera el último. Es necesario que volvamos a la actitud humilde de santa Teresa de Lisieux: «Hay ya bastantes que quieren ser útiles. Mi sueño es ser un juguetito inútil en las manos del Niño Jesús». Es la paradoja del cristianismo que escapa a la lógica de los hombres. Cristo nos pide ser como niños. Un niño en medio de ellos es el modelo, el camino a seguir. El cristiano sólo tiene que ser pequeño y aparentemente inútil a los ojos de los hombres. Es lo único que vale. Aunque en nuestro corazón se

manifiestan deseos de grandeza que chocan con la imagen de ese niño pequeño y frágil. **Dios puede transformar nuestra vida y hacernos mirar con su mirada.**

**Lo cierto es que, en nuestra vida, nos suele costar entregar nuestro corazón por entero, sin miedo y sin reservas.** Preferimos entregar algo de nuestro tiempo, tal vez nuestros talentos y todo lo que con ello logramos. Nos entregamos de vez en cuando, hasta que nos cansamos y dejamos de hacerlo. Por eso acabamos rescindiendo ese contrato con Dios, o con los hombres cuando nos resulta demasiado gravoso. No queremos dar sin recibir nada a cambio, pensamos, y nos guardamos la vida para no perderla. Nos parece injusto no recibir compensaciones por lo que hemos entregado. El P. Kentenich hablaba así de la entrega total: «*Así me imagino la entrega total. Total, vale decir, nada de vacilaciones*». Y destacaba cómo nuestra entrega ha de ser en María y a imagen de María: «*Nosotros entramos en el campo de la Santísima Virgen. Tomamos definitivamente posición en lo que hace a la misión de nuestra vida. Quien dice María dice gracia. Quien dice María dice interioridad. Quien dice María dice disposición al sacrificio. Total, vale decir, permanente y sin reservas. No queremos reservarnos nada*»<sup>5</sup>. Tres aspectos son destacados: la gracia, la interioridad y la disposición al sacrificio de María. Tres momentos en su vida. El primero es la elección y la gracia de Dios que llena su alma: «*Alégrate llena de gracia*». María experimenta su pequeñez, y al mismo tiempo, la grandeza del amor de Dios. Se sabe elegida y amada. Llena de gracia, llena del Espíritu. Para nosotros, que nacemos con pecado, es imposible acercarnos aunque sea de lejos a la belleza de su corazón inmaculado. Nos sentimos demasiado impuros. No obstante, la gracia se derrama sobre nosotros en muchas ocasiones y su amor nos asemeja. Los sacramentos son fuente de gracia y nos acercan a Dios. Los lugares santos son tierra donde hay gracias en abundancia y allí echamos raíces. Las experiencias religiosas llenan nuestra vida de gracias y nos dan certezas para el camino. **Dios actúa en nosotros con su gracia, aunque muchas veces no somos conscientes de su poder. Queremos abrirmos a la gracia, dejar que el corazón crezca.**

**En segundo lugar María guardaba todo en su alma y lo meditaba.** Buscaba en palabras y sucesos los rastros del querer de Dios: «*María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*». María se convierte en templo del Espíritu, y en ese templo, Dios habla. María nos enseña a guardar y a meditar lo que vivimos. Con frecuencia corremos demasiado, siempre tenemos prisa. No nos damos tiempo para ver el actuar de Dios en nuestra historia. Hoy lo hemos escuchado en el salmo: «*El Señor sostiene mi vida. ¡Oh Dios!, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder. Escucha mi súplica, atiende a mis palabras. Porque unos insolentes se alzan contra mí, y hombres violentos me persiguen a muerte sin tener presente a Dios. Pero Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida. Te ofreceré un sacrificio voluntario dando gracias a tu nombre, que es bueno*» Sal 53, 3-4. 5. 6. 8. Vamos de un lado a otro sin valorar la vida, sin tomarnos en serio los acontecimientos. Dios nos habla y nos muestra el camino a seguir. Es necesario estar muy atentos porque no siempre es fácil entender. Queremos hoy meditar dónde quiere Dios que nos entreguemos por entero. **¡Qué importante es valorar cada noche las huellas de Dios junto a las nuestras!**

**En tercer lugar, María estaba dispuesta a cargar con la cruz y a soportar que una espada atravesara su alma:** «*María estaba al pie de la cruz*». La fidelidad de María no es una actitud dura y fría. Es la fidelidad del amor que no se derrumba. Es necesario el amor para mantenernos firmes ante la cruz. El otro día una persona meditaba : «*Me preocupan los que no han sentido el amor de una madre, el orgullo de un padre, la sonrisa de algún familiar cercano, el cariño de alguien que te quiere, te protege y te cuida. Todos los que no han sido amados y que no pueden amar. Sólo con amor se puede abrazar el Evangelio. Sólo con Amor se puede uno encontrar con María y quererla como nuestra Madre y ejemplo. Sólo con Amor nos enamoramos*

---

<sup>5</sup> J. Kentenich, “Kentenich Reader. T. 1”, 154-155

*de Jesús y ponemos nuestra vida en sus manos. Sólo con Amor abrazamos la Cruz*. Muchas personas no entienden el amor de Dios porque no han conocido el amor humano. Dios nos habla en ese amor humano. Es el primer lugar santo en el que el amor de Dios se derrama, el amor de la familia. María es capaz de abrazar la cruz desde el amor, desde la experiencia de saberse amada por sus propios padres y por Dios; querida por Él desde su concepción inmaculada. Pero muchas personas no han recibido ese amor humano en sus vidas. ¿Cómo podemos transmitirles el amor que Dios les tiene? La percepción del amor es siempre subjetiva. Si el corazón se cierra no es posible recibir nada. Estamos llamados a abrir sus corazones con la llave maestra de nuestro amor humano. Nuestro amor puede sanar heridas. Nosotros somos capaces de luchar y perseverar abrazados al madero, y animar así a otros a hacer lo mismo, sólo desde el amor que nos sostiene en el camino. Sólo el amor vence al odio y a la muerte. Hoy le dice Jesús a los discípulos: «*Y saliendo de allí, iban caminando por Galilea; él no quería que se supiera, porque iba enseñando a sus discípulos. Les decía: -El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará. Pero ellos no entendían lo que les decía y temían preguntarle*». Jesús habla de su muerte con paz, preparando el corazón de sus discípulos. Lo hace desde el amor que les tiene. Quiere que comprendan y estén preparados, aunque para el dolor nunca estemos preparados del todo. Ante la cruz que no entendemos, nos rebelamos y no sabemos aceptarla porque nos duele el alma. El amor de Cristo quiere prepararlos. Pero es necesario que nos sintamos desvalidos para abrirnos al amor de Dios y su gracia, para hacernos capaces de aquello que el corazón prefiere evitar. Es necesario ser muy humildes para poder mirar a Dios y tocarlo buscando la paz. O mejor aún, para que Dios se detenga ante nosotros, ante nuestra indigencia, y nos toque. Hace falta mucha sencillez para llevar la cruz sin quejas, con paz, con la fidelidad de los enamorados. Exige un salto de fe abrazar la cruz con alegría y tranquilidad. Decía el hermano Rafael Arnaiz desde la conciencia de su pequeñez: «*Yo no sé rezar. No sé lo que es ser bueno. No tengo espíritu religioso, pues estoy lleno de mundo. Sólo sé una cosa, una cosa que llena mi alma de alegría a pesar de verme tan pobre en virtudes y tan rico en miserias. Sólo sé que tengo un tesoro que por nada ni por nadie cambiaría, mi cruz, la Cruz de Jesús. Esa Cruz que es mi único descanso, ¡cómo explicarlo! Quien esto no haya sentido, ni remotamente podrá sospechar lo que es*. Alegrarse en la cruz, vivirla como un tesoro, nos parece algo inalcanzable. Hoy **suplicamos que María nos enseñe a estar firmes ante el madero. Con paz en el alma.**

**La fe, el seguimiento a Jesús en el madero, la gracia que nos permite permanecer firmes en la cruz, implica una nueva forma de entender las cosas.** Aunque muchas veces caigamos en nuestra vieja forma de pensar y nos dejemos llevar por el hombre viejo que vive en nuestro corazón. Vivimos lo que describe S. Agustín antes de la conversión: «*En lo que pecaba yo entonces era en buscar en mí mismo y en las demás criaturas, no en él, los deleites, grandezas y verdades, por lo que caía luego en dolores, confusiones y errores*». Buscamos en el mundo la plenitud, la paz, la felicidad que sueña el alma. Buscamos egoístamente lo que creemos que va a colmar nuestros deseos y nos apegamos a tantas cosas. Y cuando la vida no colma nuestros anhelos nos sentimos defraudados, molestos con Dios. Por eso es importante recordar en esos momentos estas palabras: «*No podemos pasarnos la vida rumiando problemas y desgracias. Vivir es siempre sobreponerse, es ir de crisis en crisis, por eso hay que echarle coraje, siempre nos cabe un esfuerzo por la reconstrucción parcial de nuestras vidas*»<sup>6</sup>. Siempre somos capaces de volver a empezar a construir. Siempre podemos reinventarnos nuestra vida, una y otra vez. Pero sólo lo podemos hacer desde la humildad, desde la conciencia de que nuestra única misión es servir desde el amor. Somos servidores. Siempre sin grandes pretensiones que superen nuestra capacidad. Sin juicios ni críticas que pretendan ponernos por encima de los otros. **Sembrando paz con gestos humildes. Amando sin esperar nada a cambio. Uniendo.**

---

<sup>6</sup> Javier Urra, “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, 39